

REVISTA

Suben por Hamburgo
y ruedan por Reforma
unas máscaras desafiantes:

señoras con piel de nylon,
turistas de ojos glaucos y miopes.

Al fondo, sinsonea el látigo que estalla
en las manos de un limpiabotas.

En la cuna de un mundo apetente de lo extraño,
hoy se extingue el sueño de antaño
en picaportes sudados de mano pública,
y fachadas desvencijadas que fulgurean
un violín de neón.

Allá abajo espera un joven triste
el momento cuando acaricie el bocado grasiento
que despide humo y polvo.

Trompetas desenfundadas entablan su diálogo:
¡Que siga la pachanga, Lupe!
un mariachi con botonadura oxidada se une
al concierto mientras rasca la guitarra
hinchada de espavientos y cursilerías.

Aquí se nutre, en la demarcación de la nostalgia,
mi hermano fanfarrón, mi hermana orionda, afeitada
e ignorante.

Una manguera astrosa se revuelca con los latidos
del charco que desangra:
¡Ay que asco! grita con cara embadurnada
la india de ayer oculta bajo pinceladas espeluznantes.

¡Pasen, pasen caballeros!
Hoy se sirve lo mejor de la República:
esfuerzo en lata de pretensiones,
pulseras empeñadas de aguinaldos,
camisas bigotudas de colmillos finos.

En el fondo, baja las escaleras del subterráneo
la vieja vendedora de anillos gruesos.

Un hueco en la acera de Niza
y un pozo pestilente en Insurgentes
¡Oyeron quién ganó el partido!
¡Cuidado con ese bache!
¡Qué calles!

Allá en el fondo se abriga sus manos,
en bolsillos repasados, un señor con estampa
de sereno y hambre de rosas.

José Manuel Pacheco